

Domingo 05 de diciembre de 1999

A FONDO. JOAQUIM AZEVEDO, ESPECIALISTA EN EDUCACION

"Le pedimos a la escuela lo que la economía no da"

Por ANALIA ROFFO. De la Redacción de Clarín



El desempleo marcó las reformas de los 90 Pocas veces como ahora la escuela ha estado tan atada a los designios de la economía. Sólo en la segunda posguerra puede detectarse un vínculo tan estrecho entre enseñanza y mercado, pero con la salvedad de que las aulas no olvidaban -como quizás hoy- fomentar otras aptitudes que no fueran las exigidas por el mundo del trabajo. El análisis corresponde al historiador y doctor en Ciencias de la Educación Joaquim Azevedo, un portugués de 44 años que fue viceministro de Educación de su país. Azevedo acaba de terminar un relevamiento sobre las reformas que durante los 90 Europa imprimió en su escuela secundaria y presentó sus conclusiones en Buenos Aires, en un seminario -organizado por el Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación- con invitados locales y extranjeros que discutieron los cambios europeos y latinoamericanos.

En los años 90, tanto Europa como América latina motorizan procesos de reforma de su escuela secundaria. En nuestro continente, las ideas neoliberales y los organismos internacionales fueron sus grandes promotores. ¿Y en Europa? -Creo que ha sido algo diferente, sobre todo porque en Europa los organismos internacionales tienen peso, pero no decisivo. Lo que disparó allá la reforma fueron los cambios en la sociedad y en la economía. Hubo un mandato económico muy fuerte para propulsarla.

¿Cómo pesó la economía concretamente?

-La política en Europa -y en el mundo entero- se ha teñido de economía. Todo tiende a interpretarse dentro de un marco economicista y la educación no ha escapado a ello. Cualquier anuncio de un gobierno puede leerse en términos económicos y financieros. Fíjese en la retórica que nos rodea: todos hablamos de flexibilidad, adaptabilidad, polivalencia de los trabajadores, nuevas competencias... Todo eso tiene la misma fuente de inspiración económica y está plasmado en las reformas europeas de la escuela secundaria en los 90. ¿Por qué? Porque los gobiernos advirtieron que el desempleo juvenil era muy elevado y ya no sería coyuntural sino estructural.

¿De qué manera las reformas se vinculan con el tema del desempleo?

-Por buenas y malas razones. En principio, las reformas establecen una educación básica para todos y una educación superior cada vez más para todos. La secundaria es concebida entonces como una pasarela en la que deben circular cantidades crecientes de jóvenes, pero también como un estadio que, mientras los contiene, los aleja de un mercado de trabajo en el que pocos tendrán cabida.

¿Hay algún otro momento en que la economía haya tenido un peso parecido sobre la educación?

-Sí, durante la segunda posguerra. Había entonces una importante demanda de desarrollo y bienestar que presionaba sobre la escuela. Sin duda, la gente se ilusionaba con el crecimiento económico, pero también con los objetivos de democratización social. No creo que podamos decir lo mismo hoy, cuando estos intereses y particularmente los de desarrollo humanista no parecen del todo contemplados.*

¿Qué reformas se hicieron pensando específicamente en el mercado?

-Por ejemplo, en casi toda Europa, reformas de desespecialización de las enseñanzas técnicas y profesionales. Pasaron de 500 o 600 ramas a 23 o 24. ¿Y por qué? Porque hay que formar al trabajador polivalente; no hay necesidad de formar a la gente para innumerables y diversos puestos de trabajo disponibles, porque no se sabe cuáles serán esos puestos en el futuro ni cuántos empleos tendrá alguien a lo largo de su vida. De ahí que se piense en programas generales, una especie de *mínimum cultural común* que incluya ciertas aptitudes imprescindibles como poder escribir, calcular, comunicar, trabajar en equipo. Estas competencias son todas esenciales, pero no hay que olvidar que detrás de ellas hay un único mandato, el económico, y que tienden a formar un trabajador adaptable, flexible, apto para contextos muy diferentes.*

Un trabajador tan adaptable a contextos diversos debería ser alguien capaz de tolerar mucha incertidumbre. Alguien, quizás, poco dispuesto a rebelarse contra panoramas difíciles. ¿La escuela no estará formando también empleados pasivos, no contestatarios?

-Me pregunto si la función de la escuela es formar para la adaptabilidad o formar para la creación. Yo no sé si la escuela debe formar gente adaptable o gente con capacidad de construir su identidad en esa sociedad en cuanto trabajador, pero sobre todo en cuanto persona. Desgraciadamente, en estos momentos la escuela secundaria no parece preparar para estudios superiores ni para la vida activa ni para la ciudadanía democrática... Hoy sólo atiende el problema más urgente: hay jóvenes que están creciendo en un mundo muy diferente y con recursos muy desiguales.*

¿La escuela está formando de una manera muy recortada a los jóvenes?

-Es que si realmente se quiere preparar para la incertidumbre del futuro, hay que ser más amplio, más creativo. Hay que dar capacidades científicas y técnicas, es verdad, pero también estéticas, morales, éticas... Porque no sólo los referentes formales y lógicos nos permiten pensar un mundo cuyo referente principal no será el trabajo tradicional, remunerado, contractualizado, colectivo. Y prepararse para un mundo así implica fomentar otra capacidad de construir la propia identidad en el entorno con los demás.

Playa de estacionamiento

¿Para qué sirve entonces la escuela secundaria? ¿Para distanciar al joven del momento en que se enfrentará con un mercado de trabajo en el que se le requerirá más adaptación que capacidad creativa o que directamente no tendrá un lugar disponible para él?

-La secundaria sirve muchas veces como verdadero "parking" escolar, que está abierto como un hipermercado o un shopping, con una lógica de consumo primero y luego de educación. Quizás porque lo más importante hoy es que la gente esté en un "estacionamiento" con cierta oferta, distanciándose de ese momento de ingreso improbable al mercado de trabajo. Todo esto, con una educación general, que recién se diversificará en los estadios superiores, a los que llegarán los menos. En ese nivel podrán formarse aquellos a los que el sociólogo francés Robert Castel llama analistas simbólicos, es decir, trabajadores autoprogramables.*

¿Los verdaderos creadores?

-Exactamente. Los capaces de manipular los símbolos y los nuevos códigos de la vida de hoy. Pero esos serán una minoría, porque el mundo que viene necesita de una minoría, una escasa minoría de gente preparada para eso, y una gran cantidad de los otros, trabajadores flexibles, de empleo en empleo. Ese es el servicio que está prestando la educación ahora: la forja de trabajadores generalistas y adaptables. •

Impresiona su descripción: los jóvenes están contenidos por ahora en la escuela, pero su futuro lugar en el mundo es muy dudoso.

-No sería tan duro: el problema está resuelto, al menos por el momento. En Europa la escuela secundaria es masiva y la enseñanza superior se está tornando masiva. Por eso digo: el problema, por hoy, está resuelto. La única institución que puede encarar el problema de los jóvenes lo está haciendo, pero no le pidamos tanto: la escuela no puede resolver lo que la economía descuida. •

¿Le estamos pidiendo a la escuela demasiado?

-Le estamos pidiendo todo y es injusto. Insisto: le pedimos a la escuela lo que la economía no da. Se ponen todos los huevos en la canasta de la escuela, todas las aspiraciones sociales. Y la escuela no puede responder a tanta demanda. Es un equívoco social tremendo. Se pretende que la escuela supla a la familia y que encare una educación emocional y afectiva: esa es tarea de la casa de cada uno, no del aula. Las afectividades requieren otro lugar, otro tipo de relación. Sería muy importante que las instituciones escolares pudieran decir a la sociedad qué pueden hacer y qué no. •

En nuestro país, el nivel de insatisfacción de los adolescentes con su secundaria es alto. ¿Ocurre lo mismo en Europa?

-No, sobre todo porque los jóvenes asimilaron una lógica consumista: la escuela tiene una oferta adecuada a las expectativas del momento. Lo más dramático viene después, con la enseñanza superior y con el enfrentamiento con el mercado de trabajo. La dinámica de la secundaria es satisfactoria, quizá también porque se la toma como algo previsible y aceptado por todos desde un comienzo. •

Cuando en América latina, y en la Argentina en particular, se hicieron las reformas de los años 90, un concepto que primó fue el de descentralización. Es decir que el Estado se desentendió de responsabilidades y las desplazó a jurisdicciones menores como provincias y municipios. Tras las reformas de la década del 90 en Europa, ¿el Estado también terminó replegándose?

-No. Ha habido experiencias diversas, según la tradición de cada país. Se derivaron tareas, administración y control, pero no hubo retirada del Estado en lo que concierne a sus obligaciones indelegables. Hubo incluso movimientos de recentralización en algunos países del norte. •

¿Las reformas implicaron invertir más plata en educación o menos?

-Siempre hay que invertir más plata en educación. Siempre. Porque la calidad cuesta mucho dinero. No es que más dinero sea la condición básica elemental para tener más calidad, pero más calidad requiere, entre otras cosas, más dinero. Pero ese más dinero debe estar acompañado por compromisos sociales concretos. Significa pactar que se pone más dinero para que con tal propósito, en el plazo tal, con los actores tales y cuales, se llegue a una meta de tales características. Más dinero por más dinero no es suficiente y suele terminar en gatopardismo: algo cambia para que todo siga igual. Más dinero con un programa claro, sólido, equitativo y acordado con la comunidad es siempre rentable. •

La riqueza de lo distinto

Las reformas de la escuela secundaria que Europa encaró en los 90 implicaron "desespecialización" de contenidos. Los programas de estudio se hicieron mucho más generales y homogéneos. ¿Pero esa clara decisión de integración es una ventaja o una desventaja para un continente cada día más multicultural? "A veces la integración implica riesgos -explica Azevedo-, sobre todo cuando se hace en nombre de una cultura que se considera más prestigiosa que otras. Por eso me pregunto qué quieren decir los que, en nombre de lo políticamente correcto, hablan de incentivar la integración. Prefiero hablar de la diversidad de las culturas y de la aceptación de cada una de ellas, con su amplitud y riqueza. Europa tiene que reconocer hasta qué punto es hoy el resultado de tantas etnias y culturas que conviven en ella."